

de plata maciza y digno de una reina por su magnificencia, estaba rodeado de cortinas de damasco blanco con cordones y borlas de plata.

Mas la joven estaba rodeada de tan fastuosa opulencia y usaba diamantes y encajes contra su gusto y únicamente porque así lo querían sus padres.

Todos sus trajes eran de terciopelo y de seda: tenía carruajes y criados destinados exclusivamente á su servicio particular, pues aunque para ella estaban demás, el Marqués anhelaba manifestarle su amor por todos los medios posibles: creía ¡pobre y obcecado padre! que la opulencia y el fausto tienen que ver algo con la felicidad del corazón; creía que los bienes materiales son el todo; que la ostentación de la riqueza puede significar el amor entre un padre y su hija; y su pasión por Regina le había cegado hasta el extremo de juzgar vulgarmente el corazón de la joven, y de desconocer que preparaba para entrambos un porvenir de lágrimas y de dolor, un manantial inagotable de penas, cuyo término debía ser la muerte.

---

## IV

### REGINA

Ya he dicho que la Marquesa de Villalta era tan amante de su hija como su esposo; pero su carácter, mucho más suave y dulce que el del Marqués, la hacía aún más cariñosa que éste para Regina: pasábase el día besándola, mirábase en sus ojos y no permitía que nadie más que ella se ocupara del adorno de su hija.

Regina era alta, esbelta y muy hermosa: era en cuerpo y alma el verdadero retrato de su padre: solamente había en ella aquella delicadeza propia de la mujer, y que estaba en contraposición directa con la tez morena del Marqués y con sus facciones pronunciadas.

La joven tenía la tez blanca y trasparente como el nácar, lo que formaba un precioso contraste con sus grandes y ardientes ojos negros: su cabello, negro también, era abundante y rizado: su boca y su nariz no podían ser más perfectas: su

porte respiraba majestad, y su talle era tan gracioso como elegante y flexible.

Pero en su frente, elevada y blanca como el mármol, notábase cierta cosa que eclipsaba, como una nube, todas las perfecciones de su rostro, y que era como una especie de triste anomalía de sus diez y seis años: era una expresión de orgullo casi salvaje, que se reflejaba también en la mirada arrogante y fija de sus negros ojos, y que se advertía aún mejor en su carácter fiero é indomable.

Regina tenía la energía y la dura altivez de su padre; aquella altivez por la cual hemos visto reconvenirle en tiempo más remoto á su amigo el Conde D..., que era innata en él lo mismo que en su hija.

Esta, que veía que nadie la contrariaba en nada, fué adquiriendo un dominio absoluto sobre todos los que la rodeaban, sin exceptuar á sus mismos padres: no obstante, su corazón excelente la hacía ceder en aquello que ella conocía que podía halagar á los autores de sus días, y una prueba no pequeña del amor que les profesaba era la incómoda opulencia á que se sujetaba, y á la que, á la verdad, era muy opuesta, pues gustaba mucho de la comodidad y sencillez.

Como á nadie veía á su lado más que á sus padres, el carácter de Regina no había podido manifestarse dulce ó indómito; jamás tenía que hablar una palabra con sus doncellas ó lacayos,

porque su madre era la que prevenía todos sus deseos; carecía de amigas, porque el celoso y extremado cariño del Marqués no admitía más intermediarios entre él y Regina que su esposa; así, pues, tampoco había podido dar á conocer la sensibilidad de su corazón ni el temple de su alma; es verdad que más de una vez, al ver desde su carretela á un mendigo, había sacado de sus cabellos una flor de diamantes ó perlas y se la había arrojado; pero el que en aquellas ocasiones hubiese observado cuidadosamente la expresión de los grandes ojos de Regina, hubiera calificado semejante acción, no de benéfica, como la calificaban sus padres, sino de arrogante y soberbia.

La pobreza era una cosa tan desconocida para Regina, que ni aun viéndola podía persuadirse de su existencia; no había carecido en su vida de nada, ni aun había tenido tiempo de formular deseos, porque todos se le prevenían, como ya he dicho, con la más exquisita solicitud.

Tenía dos doncellas dedicadas exclusivamente á su servicio particular, aunque la verdad es que apenas se ocupaban en él, porque su madre tenía gusto en atender á todos los cuidados de su traje y tocador; sin embargo, una de aquellas jóvenes, cuya habilidad para el peinado era muy notable, arreglaba los hermosos cabellos de Regina con una maestría que realizaba su riqueza y abundancia.

Las jóvenes y todas las personas del mundo, sean cualesquiera su edad y condición, no están

exentas de algunas variaciones en el humor, y es locura exigir constantemente de un criado paciencia y sumisión á toda prueba.

Una mañana, la camarera se levantó triste; habíase enojado la noche anterior con su novio, y había pasado llorando las horas que hubiera debido dedicar al sueño.

Cuando entró en el tocador de Regina, ésta, que nunca miraba á sus criados á la cara, no advirtió que la joven tenía los ojos hinchados y el semblante abatido, y se dejó poner un peinador de batista, abandonando luego su cabeza á las manos de la camarera.

Esta desató con suma lentitud aquella soberbia cabellera, negra como las alas del cuervo y rizada como las aguas de un lago; la pobre muchacha pensaba en las infidelidades de su novio y en las palabras duras que le había dirigido, y gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos y rodaban por sus mejillas.

Sorprendida Regina de lo poco que adelantaba en su tocado, se volvió hácia la camarera y le preguntó con un acento de desdén, lleno de acritud y dureza:

—¿Qué es esto?

La camarera se estremeció como si saliera de un sueño, y murmuró:

—¿Me hablaba la señorita?

—Te pregunto qué es lo que haces, dijo Regina con mayor dureza; ¡no parece sino que estás dor-

mida! Vamos, acaba pronto, que ya me estás molestando demasiado con tu calma.

Un pensamiento amargo cruzó por la mente de la camarera al oír aquel duro lenguaje; un pensamiento que siempre se presenta sombrío y desolador en los que sufren mucho y están en contacto con las personas felices.

—¡Ah! se dijo; esta joven tan querida, tan mimada, tan rica, tan adorada por sus padres, ¿qué otra cosa ha hecho que yo, pobre huérfana, desvalida y abandonada por el hombre á quien tanto amaba? ¡Es horrible que, además de soportar mi desgracia, tenga que soportar también sus insultos!

Estas reflexiones que herían su corazón, crisparon sus manos y enredaron entre sus dedos los largos cabellos negros de Regina, lastimándola algún tanto.

Ésta, que no conocía ningún dolor moral ni físico, porque su salud era excelente, se volvió como si hubiera recibido una injuria mortal.

La irritación nerviosa de la camarera, aquel acceso de ira, la habían sorprendido y asombrado tanto, por ser la primera vez que hallaba al lado suyo alguna cosa fuerte y hostil, del todo diferente al servilismo á que estaba acostumbrada, pues que el amor excesivo de sus padres se hallaba destituido, por su mismo exceso, de toda dignidad.

Pero no queriendo rebajarse hasta hacer conocer su falta á la camarera, se contentó con me-

dirla de arriba abajo con una mirada llena del más supremo desdén, y con decirle señalándole la puerta:

—¡Sal!

La desgraciada joven comprendió por medio de una intuición dolorosa lo enorme de su falta, tratándose de una persona del carácter de Regina; se dijo que su joven señora la detestaría en adelante, que había perdido, no su gracia, sino el precioso bien de su indiferencia, y que siendo Regina la deidad que imperaba en todos los de la casa, participarían de su aversión y de su enojo; así fué que, dejándose caer de rodillas delante de ella y cruzando las manos, exclamó con voz alterada:

—¡Ah, perdón, señorita, perdón!

—¡Sal! repitió Regina, volviendo á señalar la puerta con la misma implacable frialdad.

—¡Oh señorita! ¡No sabía lo que hacía! gimió la muchacha: ¡pensaba en otra cosa... ¡Si supiera V. cuán desgraciada soy!...

—¡Sal! volvió á decir por tercera vez Regina, cuyas mejillas de nácar se vistieron del carmin de la ira, y cuyos grandes ojos iban tomando una expresión sañuda y casi cruel.

—¡Yo no quise disgustar á V., señorita! prosiguió la pobre joven sin dejar su humilde postura; ¡yo no pensé ofenderla...! ¡Señorita, yo tenía un novio... yo... soy tan desgraciada!...

Regina se levantó con una majestad fría y aterrador, fué á la campanilla y tiró de ella.

A su sonido, anonadada la camarera, se puso de pié y permaneció inmóvil y palpitante.

Apareció un criado.

—Pon á ésta á la puerta de la escalera, le dijo Regina señalándole á la muchacha.

—¡Pues qué! exclamó la camarera retrocediendo ante la tosca mano del criado, que ya se extendía hacia ella con una docilidad automática; pues qué, ¿me despide la señorita de su servicio? ¿llega á tanto su crueldad, sólo porque la he lastimado sin querer?

—Vamos, basta de charlar, repuso el criado; sal al instante de casa... ayer se te pagó el mes.

—¡No quiero irme, y no me iré! gritó exasperada la camarera: la señora Marquesa de R... me recomendó á la señora, y pues ella me admitió, ella sola es la que puede despedirme. ¡Aquí la señorita no es nadie! ¡Una hija de familia no puede ni admitir ni despedir criados... y yo no la obedeceré!...

—¡Desgraciada! ¡Qué es lo que dices! murmuró el lacayo en voz baja: ¡sal, y no hables una sola palabra más!

—¡Y bien! ¿Qué me harán aunque hable? gritó la camarera, que ya no se contenía ante ninguna consideración, exasperada como se hallaba por la ira. ¡Hablaré... y diré lo que digo ahora... que no me voy hasta que la señora me despida!...

—Sal al menos de aquí, dijo el criado: ventilarás eso con la señora Marquesa, pero no incomodes más á la señorita!...

—No, repuso Regina fríamente, no saldrá de aquí: tú vé á llamar á mi madre.

El criado salió, y la Marquesa entró un instante después.

—Mamá, dijo Regina, echa ahora mismo á esta muchacha de casa.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Gabriela.

—Ha sucedido, señora, respondió la camarera, que, sin querer, lastimé un poco á la señorita estando peinándola, y que por eso quiere que me vaya de esta casa.

—Hazte cuenta que nada de eso ha sucedido, repuso Regina: daré un motivo aun más injusto á mi determinación: te despido y quiero que salgas al instante de casa porque no me gusta verte: sal ahora.

—¡Véte! ¿Qué esperas? preguntó la Marquesa, haciendo esfuerzos inauditos para no demostrar su pena por el estado lastimoso de aflicción y de estupor en que veía á la infeliz camarera.

—¡Oh! gritó ésta retorciendo sus manos desesperada; ¿conque también V. E. me despide, señora?

—¿Has podido pensar que tuviera otra voluntad que la de mi hija?

—¡Si, sí! ¡Ya debía saber que sus padres son también sus criados! exclamó la joven. ¡Que en esta casa sólo hay esclavos, y que el tirano no tiene alma ni entrañas!... Pero, señora... déjeme V. E. decirle... V. E. es más justa, más humana,

mil veces mejor que su hija... Yo tenía un novio... un novio á quien quería mucho... y él también me quería á mí... Supe que me hacía traición con otra, y no sabe V. E. lo que pasó en mí... Entré á peinar á la señorita, distraída... parecía que me abrían el pecho y la cabeza de lo que me dolían...

—¡Basta ya! ¡Tú haces que me duela ahora á mí! gritó impaciente Regina; sal al instante.

—¡Sal! repitió la Marquesa.

—¡Ah! ¡esa hija será el castigo de sus padres! gritó irritada la joven, precipitándose fuera de la estancia con la cabeza trastornada por la ira y por el dolor.

—¡Qué fastidio! exclamó Regina bostezando: ¿Qué me importará á mí de su novio y de sus pesares amorosos? ¡Yo creía que no nos dejaba en paz!

—¿No te da pena, hija mía? preguntó Gabriela, cuyos ojos estaban arrasados de lágrimas. ¡Yo quisiera que la perdonaras y que no saliera de casa! La pobre nos quería... y ahora... ¿á dónde irá?

—No sé, mamá, ni me importa eso, respondió Regina; en cuanto á que esa mujer, que me ha faltado de un modo tan insolente, pueda volverse á quedar, disponlo si tú quieres; pero ni sufriré que se ponga jamás delante de mí, ni saldré de mi habitación para no tener el disgusto de verla.

La Marquesa no quiso insistir más: amaba á su hija sobre todas las cosas del mundo; por nada quería disgustarla, y la tranquilidad y la alegría de Regina eran para ella tan interesantes, que le

hacían olvidarse de todo lo demás. Hizo sentar de nuevo á su hija delante de su tocador, y ella misma peinó con el mayor esmero su hermosa cabellera.

No volvió á nombrarse á la camarera despedida delante de Regina; pero su madre, que conocía y apreciaba las excelentes cualidades de aquella pobre muchacha, le envió algunos socorros y le buscó otra colocación en casa de una señora amiga suya.

De esta suerte, el carácter duro de la joven alcanzaba siempre la victoria; y sin embargo, la mayor parte de su fuerza, de su rara energía, permanecía aún medio velada entre los risueños recuerdos de su infancia, tan recientemente pasada, y las bellas y radiosas esperanzas de su naciente juventud.

¡Ay de aquellos padres, que la amaban con tan loco amor, el día destinado para la total aparición de tan funestas dotes!

## V

## LA CASITA

El palacio de los Marqueses de Villalta daba, por la parte donde estaban situadas las habitaciones de verano de Regina, á una calle estrecha y sin salida, sombría y oscura, y por consiguiente, sumamente fresca.

Su madre, deseando preservarla de todo ruido que la molestase, había colocado allí su dormitorio, y Regina había aceptado gustosa semejante arreglo, que la era ventajoso, sin pensar en rogar á su madre que se aprovechase también de él, pues el excesivo cariño con que estaba criada había desarrollado en su alma un egoísmo extremado.

La primera vez que ocupó su alcoba de verano, fué para dormir en ella la siesta; ésta se prolongó hasta la hora de comer; pero no queriendo sus padres despertarla, esperaron con paciencia hasta que ella abrió los ojos, que fué cerca del anochecer.